

Retórica ratonera

(*Diario de Navarra*, 9. 02. 2002)

Te prometí el pasado sábado, Carlos, que pasaría revista a ciertas estratagemas dialécticas que, a la hora de hablar sobre el nacionalismo vasco, abundan tanto en tu escrito como en la calle.

La obsesión clasificatoria

Un viejo procedimiento que pervierte todo debate es sembrar el descrédito o la duda sobre el adversario. Para empezar nunca viene mal descubrir en él intenciones aviesas o un talante predispuesto ya a lo indebido. Y eso es pan comido en cuanto lo clasificas bajo algún rótulo más o menos vejatorio o un “ismo” que reduzca lo teóricamente espinoso a lo evidente. Por ejemplo, para ti, no hay más opciones en que apoyar la crítica antinacionalista que estas dos: o bien “sobre la vieja águila a quien se ha dado alas y emprende sus primeros vuelos sin rubor”; o bien sobre “un elitismo intelectual con rasgos dogmáticos”. Españolismo (y derechismo, etc.) o elitismo. *Tertium non datur*.

Respecto de la primera opción, ésa que representas bajo el águila achacosa (es de suponer que la imperial del escudo de España), sabes bien que no es la mía. Pero tú la dejas caer por si cuela, porque suena bien y haría gracia a la parroquia. A la mayoría desinformada ni se le pasa por la cabeza que mi crítica y la de otros pueda provenir de una concepción razonable de justicia política o de unos postulados de izquierda. Lo he escrito a menudo: la política nacionalista vasca perpetra una colosal injusticia contra la ciudadanía, la doctrina que la anima es un integrista semirreligioso, su primer efecto es la parálisis de cualquier proyecto socialista, su lugar natural es la derecha y, cuanto más radical, más extrema derecha... Todo ello, con acierto o sin él, bastantes lo hemos argumentado despacio y por extenso, incluso con cierto lujo de razones y abundante derroche de pedagogía. Por eso no acierto a comprender que alguien pueda adjudicarnos “rasgos dogmáticos”.

Es dogmático quien afirma o niega sin el menor esfuerzo en probar lo afirmado o lo negado. Dogmático aquí es el que, sin razones, acusa al otro de dogmático. En esta pelea el dogmatismo ha estado y está totalmente de parte de quien se limita a proclamar o exigir supuestos derechos sin tomarse el trabajo de ofrecer una sola razón que los funde: por

ejemplo, los llamados “derechos lingüísticos” al vascuence de quienes no lo tienen ni como lengua materna ni de uso. En mi experiencia en estas lides, y creo que ya va siendo larga, ese ha sido por sistema el comportamiento dialéctico del nacionalista. Lo entiendo bien: si yo contara con tan escasas y débiles razones como él, si supiera que me basta y me sobra con pulsar los sentimientos más primitivos de los míos, tampoco me cuidaría mucho de depurar mis palabras ni aceptaría ningún examen de lógica elemental.

Intelectuales, ya se sabe

Por lo que hace al cargo de “elitismo intelectual”, ¿qué voy a decirte que no sepas o no debieras saber? Resulta difícil, en efecto, lanzar esa acusación contra casi nadie del campo contrario. El nacionalismo carece de intelectuales de peso en la misma medida en que carece de un proyecto intelectualmente defendible. ¿O no repite el lehendakari (en perfecta sintonía con el más necio y menos demócrata) que en democracia todas las ideas y proyectos políticos son legítimos? Pues entonces tendrá que admitir que mi idea, pese a que sostiene la falsedad de la suya, es tan legítima como la suya; y, ya de paso, tendrá que concluir que en democracia las ideas (y su discusión) están de más, puesto que todas valen lo mismo, o sea, nada. Barbaridades que, no obstante, en una época tan bárbara como ésta, rinden sus frutos.

Es tremendo lo de los intelectuales: si no intervienen, soportan el reproche de por qué se callan; cuando por fin algunos se lanzan a la palestra, se les acusa de elitistas, prepotentes, ininteligibles, alejados del pueblo donde anida la verdad, etc. Pero esto no es lo más grave. Igualitarismo envidioso, antiintelectualismo, nihilismo moral..., todo eso y mucho más está a la base del cargo que nos lanzas. En efecto, todos esos rasgos de la mentalidad contemporánea -anunciados ya hace siglo y medio- forman el perfecto caldo de cultivo para la miseria de ideas reinante, el extendido resentimiento contra los mejores, la inversión de los valores, la equiparación de todas las opiniones y doctrinas, el triunfo del *feeling* y de los “expertos”, el desprecio de la inteligencia y así decir basta. Ni que decir tiene que es acusación de éxito seguro entre el “pueblo”. Repone su autoestima a base de fomentar la sospecha sistemática frente a quienes se encaraman a una tribuna y hasta se atreven a darles lecciones, habrás visto... Eso sí, de aquí a la más barata demagogia no va ni un paso.

Las malas compañías

Hay una manera fácil, aunque más falsa que Judas, de rebatir cualquier planteamiento: mostrar las supuestas debilidades que ofrecen ciertas manifestaciones de ese mismo

planteamiento puesto en boca de otros individuos. Y así escribes, por ejemplo, que la crítica del nacionalismo vasco “se sostiene sobre un batiburrillo ideológico que hace aguas incluso en sus versiones menos azules”... Tengo la impresión de que te gusta que exista ese batiburrillo para así librarte de entrar en él, no sea que te manches. Fíjate de paso en el pequeño detalle de dar por supuesto de nuevo que contra el nacionalismo vasco sólo puede hablarse desde una versión más o menos “azul”; es decir (dime si traduzco mal), más o menos falangista. Lo que puede significar sólo dos cosas: o bien desde una concepción fascista española (que eso era el falangismo), con lo que el boyante fascismo vasco queda de paso un tanto disculpado; o bien, por extensión, desde otra nacionalista española. Eso sí, me haces el favor de que la mía sea una de las concepciones menos azules..., aunque algo de fascismo y nacionalismo español se me habrá pegado, digo yo.

Pero a lo que íbamos, Carlos. Una posición teórica puede ser defendida con buenos y con malos argumentos, por personas decentes o por indeseables. Si es una posición razonable o plausible, lo seguirá siendo aunque a veces fuera mantenida con razones deficientes o por individuos de reputación dudosa. Más todavía, a poco que a uno le interesara de veras el problema mismo al que esa tesis se refiere, y mantenga la opinión contraria, se enfrentará a los argumentos más fuertes y no a los más débiles. Si a uno le preocupa la verdad algo más que quedar vencedor en la disputa a los ojos de los papanatas, entonces no aprovechará desacreditar la tesis a base de reírse de (o introducir sospechas sobre) quien al parecer peor la defiende. Este es justamente tu cómodo recurso: mi reflexión sobre el nacionalismo vasco queda a tus ojos viciada de antemano por el hecho vergonzante de que también la sostiene, vaya por Dios, “el inquisidor Carlos Dávila”. Otra burda escapatoria para evitar discutir las razones del señor Dávila, o las mías o de quienes las exponen con más autoridad que uno y otro. Y si tanto te escapabas de nuestras razones, es que no estarás muy seguro de las tuyas.